

Se calcula que en el año 2050 más de una de cada cinco personas en el mundo será mayor de 60 años, un dato que pone de relieve que el envejecimiento poblacional es una de las transformaciones sociales más relevantes del todavía joven siglo XXI. Si este fenómeno demográfico es una realidad en el mundo, aún lo es más en nuestro país, donde la población envejecida crece exponencialmente. Además, lejos de revertir en el futuro, esta situación se incrementará, como ponen de manifiesto todos los estudios, que vaticinan un incremento cada vez mayor de nuestra esperanza de vida. Ante esta nueva realidad, surgen numerosos interrogantes: ¿Seremos capaces de afrontar, en el plano económico y social, el cada vez mayor volumen de personas mayores? ¿Podremos convertir el reto que supone el envejecimiento en una oportunidad? Las siguientes líneas intentan dar respuesta a estas y otras muchas incógnitas.

El reto del envejecimiento demográfico

Ignacio Romo y Meritxell Tizón

El pasado mes de julio, el Instituto Nacional de Estadística (INE) hizo públicos los últimos datos sobre envejecimiento en España que, una vez más, reflejaron una tendencia que parece imparable. Nuestro país volvió a registrar un máximo histórico del 120 %, lo que supone, en la práctica, que ya hay 120 personas mayores de 64 años por cada 100 menores de 16.

Además, el fenómeno parece imparable, como ponen de manifiesto todos los estudios realizados, entre ellos el que acaba de hacer público el prestigioso Instituto de Métricas y Evaluación de la Salud (IHM) de la Universidad de Washington, en Estados Unidos.

El informe, que fue publicado en la revista médica *The Lancet* y del que se hicieron eco todos los medios de comunicación, sitúa España en el año 2040 a la cabeza del *ranking* mundial de los países con mayor esperanza de vida, con una media de 85,8 años. Un puesto que, en la actualidad, está ocupado por Japón, que descendería a la segunda posición.

NUEVOS RETOS

Este mayor incremento de nuestra esperanza de vida, además de repercutir en nosotros como personas individuales también tiene enormes consecuencias económicas, políticas, sociales, sanitarias, asistenciales...

Son tantos los retos que plantea esta nueva realidad que, según reconocen todos los expertos, es de vital importancia lograr que se incluya el envejecimiento y sus

impactos en la agenda prioritaria de todas las políticas públicas con líneas concretas de intervención. Así lo reconoce la propia Isaura Leal, máxima responsable del Comisionado del Gobierno frente al Reto Demográfico, institución que fue creada a principios de 2017 a petición de la Conferencia de Presidentes, órgano de máximo nivel político de cooperación entre el Estado y las comunidades autónomas con el objetivo, entre otros, de elaborar una Estrategia Nacional frente al Reto Demográfico.

Según señala la comisionada del Gobierno (véase, además, la entrevista de las pág. 38-41), «es evidente que tenemos que rediseñar nuestra forma de dar respuesta a una sociedad en la que el peso de las personas mayores es, y será, cada vez más importante». «Una sociedad cambiante requiere respuestas también nuevas; no sirven las mismas recetas del pasado», añade.

Comparte esa misma opinión Antonio Abellán, miembro del Grupo de Investigación sobre Envejecimiento (GIE-CSIC), creado en 1989 por el Instituto de Economía y Geografía tomando como base el interés por el análisis del envejecimiento de la población española que en esos años empezaba a ser considerado como un tema de relevancia social.

Este experto recuerda que no solo tenemos una población más envejecida, sino que nuestro porcentaje de mayores es cada vez mayor en relación con el conjunto de la población (que es lo que realmente significa el envejecimiento de la población), y asegura que las re-

percusiones tendrán que ver con numerosos aspectos y que afectará no solo al ámbito económico sino también a nuestro sistema de protección social (pensiones, sistema sanitario, asistencia a la dependencia...). En cuanto a los desafíos sanitarios, además de que serán muy relevantes, considera que tendrán que ver con un «aumento de la prevalencia de las enfermedades crónicas y degenerativas» y con un «mayor uso de los servicios sanitarios» por parte de la población.

«Actualmente, las estancias hospitalarias de personas de edad en España, por ejemplo, superan el 50 % del total, y la tendencia es creciente. El resultado es un incremento del gasto sanitario, aunque este también se deba a otros aspectos como la mejora notable de los equipamientos y servicios o el avance de la tecnología. Por otra parte, el cambio poblacional está impulsando la investigación y notables avances sanitarios», explica.

En este sentido, considera fundamental saber cómo se produce la transición de un estado de salud bueno hacia la discapacidad y la muerte. «El objetivo final de los investigadores y de los que gestionan el sistema sanitario es retrasar la aparición de las enfermedades crónicas y la discapacidad: es decir, comprimir la morbilidad. Porque, si ganamos esperanza de vida pero no salud, la situación es un desastre para la persona, la familia y el gasto sanitario y de cuidados».

A pesar de estos retos, Abellán destaca que el envejecimiento puede ser una oportunidad. «Para la industria, que con una población más envejecida tiende a invertir en tecnología para sustituir la mano de obra; para el mercado laboral, ya que al retrasar la edad de jubilación tendremos en la actividad económica durante más tiempo a gente preparada; para el turismo y el ocio, con nuevas oportunidades de negocio enfocadas a los mayores, etc.», señala.

SOSTENIBILIDAD DE LAS PENSIONES: ¿REALIDAD O UTOPÍA?

Otro de los grandes retos que plantea el envejecimiento tiene que ver con nuestro sistema de pensiones, porque el hecho de que las personas alarguen su existencia por encima de los 85 o 90 años implica que un importante periodo de sus vidas va a estar sustentado, principalmente, por la cantidad de dinero que reciban de estas prestaciones. En este sentido, la gran incógnita es si seremos capaces en el futuro de mantener el sistema público de pensiones tal como lo conocemos.

Al respecto, el propio Banco de España alertó hace unas semanas de que, si no se adopta alguna medida, el gasto en pensiones respecto al Producto Interior Bruto (PIB) se elevará casi dos puntos, pasando a rozar el 14 % en 2030. Además, señaló que se prevé que en 2050 este aumento de gasto sea de 3,4 puntos porcentuales del PIB.

Sin apostar por ninguna reforma en concreto, el Banco de España sí señaló que, en base al escenario demográfico y macroeconómico previsto y tras el incremento del gasto que supondrá la contrarreforma de pensiones de 2013, di-



chas medidas deberán implicar un «aumento de ingresos o reducción de gastos del sistema, con objeto de garantizar su sostenibilidad financiera». Es decir, de devolver el equilibrio entre ingresos y gastos al sistema actual.

El Gobierno presidido por Pedro Sánchez ha recogido el guante y, sin entrar todavía en demasiados detalles, ha señalado que está trabajando en una nueva reforma de

«Habrá que reformar el sistema de pensiones de alguna manera, pero sobre todo por la parte de la población que lo sustenta: es imposible mantener el sistema actual con altas tasas de desempleo, salarios bajos, contratos temporales y precarios, y con una juventud con sombrías perspectivas laborales»

La clave: el envejecimiento saludable

Es seguro que, con los años, la esperanza de vida de las personas será mayor. Sin embargo, no es del todo cierto que el bienestar durante la vejez vaya a ser mejor que en el pasado. De hecho, existen estudios que prueban que la salud de los individuos que ahora tienen 70 años no es mejor que la de sus padres cuando tuvieron esa edad.

Es aquí cuando cobra importancia el concepto de envejecimiento saludable o envejecimiento activo, definido por la Organización Mundial de la Salud (OMS) como el proceso de desarrollar y mantener la capacidad funcional que permite el bienestar en la vejez.

La mayoría de los problemas de salud que afectan a las personas mayores están asociados a enfermedades crónicas y no transmisibles, las cuales pueden prevenirse o retrasarse mediante la adopción de hábitos saludables. Que en la actualidad los 70 no sean los nuevos 60 no quiere decir que en el futuro no sea así, pero para conseguirlo se requerirá un plan de salud pública más centrado en el envejecimiento.

Para empezar, es necesario que como sociedad comprendamos el envejecimiento de una forma nueva, huyendo de los estereotipos que identifican a los mayores como personas frágiles, apoyadas en un bastón o en un andador. Debemos comprender que no existe una persona mayor típica. Cada una es distinta y, por lo tanto, sus necesidades también lo son. Podemos encontrar personas que con 60 años demandan ayuda de terceros, mientras que otras muchas, a tal edad, se valen por sí solas en el día a día.

Respecto al envejecimiento saludable, la OMS pone el foco en el curso de la vida, pues es durante todo este trayecto previo cuando al final se determinará cómo será el envejecimiento de cada individuo. Además, pone de relieve la necesidad de transformar los sistemas de salud del modelo curativo a la prestación de cuidados integrales y los sistemas de atención a largo plazo, centrados a su vez en las necesidades de las personas mayores.



las pensiones con dos objetivos prioritarios: mejorar las que ya se están pagando y elevar los ingresos del sistema.

Preguntado al respecto, el doctor en Sociología y profesor en la UNIR Juan Manuel García González indica que es evidente que «habrá que reformar el sistema de pensiones de alguna manera, pero sobre todo por la parte de la población que lo sustenta: es imposible mantener el sistema actual con altas tasas de desempleo, salarios bajos, contratos temporales y precarios, y con una juventud con sombrías perspectivas laborales».

El problema con las pensiones no afecta exclusivamente a España. La mayoría de los países pertenecientes a la UE han fijado ya en los 67 años la edad de retiro para un futuro no demasiado lejano. Bélgica implementará esta medida en el año 2030, por ejemplo, y Dinamarca tiene previsto hacerlo a partir de 2022. España lo hará en 2027; Francia también en 2022 e Italia y Holanda, a partir de 2021. Reino Unido e Irlanda atrasarán la edad de jubilación hasta los 68 años, los primeros a partir de 2046 y los segundos desde 2028.

Sin embargo, la situación ideal que pretenden los estados es la de poner en vigor leyes que vayan aumentando la edad de jubilación de forma automática según se van incrementando las medias de esperanza de vida. Finlandia ha sido uno de los países que ha aprobado esta medida, y pretende ponerla en marcha en 2030.

Otra de las normas que todos los países están incorporando a sus legislaciones, además de subir las edades de jubilación, es la de reformar el sistema de pensiones para dificultar el acceso a las jubilaciones anticipadas, o bien permitir la conjugación entre salario y pensión.

INICIATIVAS EUROPEAS

El descenso de la natalidad y el considerable aumento de la esperanza de vida no solo está afectando a España sino



Frente al reto demográfico, la Unión Europea incide en dos ideas consideradas esenciales: el envejecimiento activo y la solidaridad intergeneracional

a todas las sociedades europeas, según ponen de manifiesto todos los estudios y estadísticas, entre ellos los elaborados por la Oficina Europea de Estadística (Eurostat).

Los informes de Eurostat apuntan a Alemania, Italia, Francia, Reino Unido y España como los países con las tasas más altas de personas mayores. La generación del *baby-boom* ya está entrando en edades de jubilación, lo que implica la necesidad de un cambio a nivel social, económico, presupuestario y también político.

Para afrontar esta nueva realidad demográfica, desde la Unión Europea se incide en dos ideas consideradas esenciales: el envejecimiento activo y la solidaridad intergeneracional. El proyecto Estrategia Europa 2020, un plan puesto en marcha en el año 2012 y que tenía por objetivo «alcanzar un crecimiento inteligente, sostenible e integrador con altos niveles de empleo, productividad y cohesión social», hizo del envejecimiento demográfico un asunto clave, cuya solución se encontraba directamente relacionada con que «las personas mayores contribuyan en la sociedad como trabajadores, consumidores, cuidadores, voluntarios y ciudadanos».

La idea era y sigue siendo, en definitiva, que las personas mayores participen en nuestras sociedades de forma enérgica y eficiente, incluso al lado de las generaciones más jóvenes si es preciso.

A pesar de todo, la Unión Europea carece de las competencias necesarias para influir de forma directa en las políticas estatales. Más bien su función es la de respaldar a los países miembros en sus planes y medidas. «Desde la UE se hacen recomendaciones que, posteriormente, los países pueden implementar o no. Se pone el acento sobre todo en directrices para el envejecimiento activo y saludable, trasladando la importancia de ese envejecimiento a todo el ciclo vital: cuídate toda la vida para ser una persona mayor con buena salud, señala Juan

Manuel García González, doctor en Sociología y profesor en la UNIR.

La UE funciona como el eje de referencia que se encarga de instar a los estados miembros y a otras partes interesadas a desarrollar e invertir en posibles planes y soluciones ante el problemático envejecimiento progresivo de la población. Un ejemplo de ello es el Foro Demográfico Europeo, una institución que cada dos años reúne a los principales responsables políticos europeos, junto con expertos, para debatir y buscar propuestas en torno al cambio demográfico.

PAÍSES CONCRETOS, EJEMPLOS CONCRETOS

¿Qué hacen otros países para hacer frente al reto demográfico? ¿Hay alguna experiencia de la que podamos aprender? El profesor y doctor Juan Manuel García González contesta a esta pregunta explicando que cada país afronta el problema a su manera, pero que todos coinciden en el necesario cambio integral que se suscita de la nueva realidad poblacional.

«Las experiencias más interesantes se encuentran en los países nórdicos y en Centroeuropa, donde el envejecimiento poblacional comenzó mucho antes que en España. Estos países han adoptado medidas para que las relaciones intergeneracionales sean óptimas, de modo que frente al envejecimiento han actuado en todo el ciclo vital, especialmente entre los jóvenes y los adultos, que serán las futuras personas mayores», señala.

«Dichos países han llevado a cabo políticas dirigidas a la mejora cualitativa de los jóvenes y adultos para que, por un lado, lleguen a mayores con una buena salud y, por otro, tengan recursos y servicios suficientes para tener los hijos que desean, ser felices, tener salarios dignos y para poder soportar los servicios universales de un estado de bienestar potente y redistributivo». ●